

# Relato de una solidaridad egoísta

La solidaridad es una suerte de **empatía**, es **sentir con el otro**, desde la comprensión afectiva de la situación en la que se encuentra otra persona.

El egoísmo es su contracara, es poner los intereses propios en primer lugar, el «Ego» niega toda posibilidad de relación con otras personas, solo «Yo» existo.

Somos sujetos sociales en esencia, nuestra existencia es una co-existencia y necesitamos de «otros» para alcanzar objetivos que de manera individual serían muy difíciles de conseguir o simplemente imposibles.

Son nuestras relaciones las que posibilitan nuestro crecimiento, nuestros vínculos permiten nuestro desarrollo personal y social, entonces cuando emprendemos acciones solidarias en nuestra comunidad, existe una premisa desde la cual tenemos que fundar nuestra acción y está relacionada con crear las condiciones necesarias para que el «otro» pueda expresarse de manera auténtica.



Este es el desafío, romper los esquemas egoístas dejando de lado estereotipos y prejuicios fruto de falsas creencias.

Tal vez la más frecuente es darle al otro lo que «yo» creo que necesita; esto es negar su autonomía, sus gustos, sus deseos y preferencias, midiendo al «otro»

a partir de mi propia persona.

Toda tarea solidaria que desarrollemos requiere de nuestra capacidad de escuchar, sentir y actuar, pero fundamentalmente de nuestra tolerancia.

Si deseamos desarrollar una acción solidaria distinta tendremos que movilizar todas nuestras capacidades, pero principalmente ejercitar nuestra empatía (ponerse en los zapatos del otro) y desde allí permitimos sentir de una manera diferente.

Este sentimiento podemos entenderlo como una disposición interna que impulsará nuestras acciones en la realidad, si centramos allí el motor de nuestra labor solidaria, los resultados serán radicalmente distintos.

Al decir del poeta: «No es lo mucho que hagamos o lo grande que sean esas cosas, sino el amor que ponemos en hacerlas lo que marca la diferencia».

**Juan Pablo Anselma Figueroa**

# Más allá de la rutina

Si **A** se relaciona a **B**, y **B** se relaciona a **C**,  
¿**A** se relaciona a **C**?

Día a día establecemos relaciones que concebimos como necesarias, esenciales, obligatorias y hasta podríamos definir las como inevitables, ya que partimos de la creencia de que estos vínculos cotidianos son preexistentes, independientes de nosotros mismos



y caracterizados por una lógica que determina nuestro hacer, de acuerdo a nuestro rol social, nuestro conocimiento, nuestra capacidad productiva, nuestra situación económica, entre otras cosas.

Limitamos nuestra experiencia en el mundo a nuestra relación con **B**, a lo inmediato, a nuestro círculo más íntimo, cotidiano... quedamos «sujetados» de manera unívoca a este enlace y desde allí anulamos toda posibilidad de interacción.

Si recordamos un día cotidiano y lo analizamos, observaremos cómo estas relaciones prefijadas limitan nuestras acciones en el trabajo, en el estudio, con los amigos y hasta con nuestra familia. La rutina es una construcción reiterada de nuestros vínculos más inmediatos, necesarios podemos decir que sí, pero no son los únicos.

Es imprescindible un cambio de mirada cuyo punto crucial tienda a modificar nuestro modo de relación más inmediato y que se traduzca a la acción de manera dinámica, permitiendo observar el impacto de nuestras relaciones con **B** y además percibir y desarrollar el vínculo que mantenemos con **C**, hasta el momento inobservado por quedarnos en los límites de lo cotidiano.

El uno y el otro, lo propio y lo ajeno, el adentro y el afuera, son demarcaciones que niegan o dificultan nuestras relaciones, nos limitan.

Traspasar estos límites, es superar la rutina, es entender que cada persona no «es» sino que se «produce» y «reproduce» por los intercambios que desarrolla mediante sus vínculos dentro del ambiente en que vive. De la amplitud de nuestra red de vínculos, dependen las posibilidades de progreso y crecimiento personal.

Con un ejemplo, tal vez podremos entender mejor: la membrana celular es permeable, el adentro y el afuera se definen y se sostienen a través de una dinámica de intercambio, y sólo puede mantenerse viva mediante múltiples ligaduras con el medio, del que se nutre y a través del cual se desarrolla; el mayor o menor desarrollo estará determinado entonces, por la cantidad y calidad de ligaduras (vínculos).

Lo mismo sucede con cada uno de nosotros, sólo podremos desarrollarnos plenamente, si enriquecemos nuestra red de relaciones, nuestros vínculos.

Si nos empezamos a preguntar ¿hasta dónde tenemos registro de nuestras acciones, cómo éstas están influyendo en nosotros mismos y cómo y cuánto impactan en el otro?, estaremos iniciando un nuevo modo de vincularnos, menos limitado, más enriquecedor.

**Juan Pablo Anselma Figueroa**